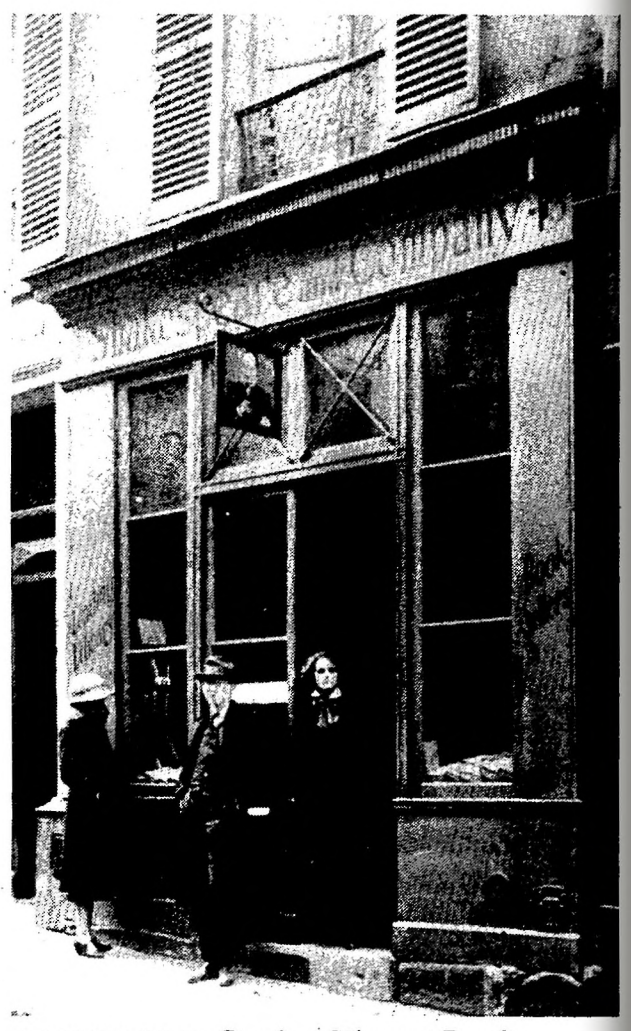
o de objetos

ADRIENNE MONNIER. En la trastienda de su librería de la calle Odéon, fotografiada en la época en que conoció a Sylvia Beach



PRIMER LOCAL. Stephen Vincent Benét y Sylvia Beach, ante el primer local de Shakespeare and Company, en 1921

CON JOYCE. Sylvia Beach y James Joyce con las primeras reseñas de la hoy famosa obra de éste último, "Ulysses", en el año 1922

Quien tuvo las llaves

JUAN RAMÓN MASOLIVER

Se cursaba Derecho por ser –decían– carrera con muchas salidas y para tranquilidad de la familia, más la de Filosofía y Letras se seguía por gusto. Y algo semejante iba a suceder cuando, con beca de estudios y acompañando cartas a sus ilustres colegas Geouffre de Lapradelle y Niboyet, me envió el profesor Trías de Bes al Institut des Hautes Études internationales de París, uno de los tres (con su homólogo de Ginebra y el Real de La Haya) cuyo diploma facilitaba las oposiciones para ingresar en la "carrière".

En efecto, si las mañanas en la École de Droit y las conferencias de alguna tarde en la Dotación Carnegie para la Paz (los escenarios del Institut) representaban la obligación, la devoción tomaba las cien formas de la juerga huertana del pintor Flores y sus paisanos, las escapadas a Charenton, donde cocía sus potes "Papitu" Artigas, tardes de la hermosa Lya Lys y, a partir de ella, prácticas de español y de piano con su compatriota Assia Gamerman, la secretaria de Zervos. Si con el siempre "policé" Institut el eje era el presidente de los plurinacionales alumnos, el donostiarra Fernando María Castiella, un hombretón de cabeza chica y mofletuda, siempre con aires de niño rico el único hijo de viuda americana, pasando de uno a otro idioma y empeñado en crear un muy internacional espíritu de cuerpo –"métèques" éramos los más– en sus periódicas cenas de À la Reine Pédauque, hacia St. Lazare; harto más gratificantes resultaban las ubuescas veladas con la grey surrealista, "tenidas del café Cyrano y análogos, Papa Breton incluido, o sus acólitos Eluard, Char, Crevel, Delons, Ernst, el librero José Corti o (el primero, pues Buñuel se había largado a Hollywood) nuestro Dalí.

Aunque la aspiración última del doctrino que era entonces apuntaba al solitario e inalcanzable James Joyce, anclado en París desde su "Ulysses". Y fue precisamente en una improvisada cena de los Dalí, guisos más marinettianos que surrealistas en verdad, donde un cabo válido a tal fin me tendería la guapa y chispeante Nancy Cunard, musa de los surrealistas (Louis Aragon había estado a punto de suicidarse por ella) y que ahora, como para dar en cabeza a su aristocrática familia inglesa, andaba con el negroamericano Crowder, pianista de jazz. Nancy, que se entretenía también con sus requintadas ediciones de la Hours Press, fue quien me dirigió a su colega la editora del "Ulysses": quien desde entonces tenía –como en el círculo dantesco de los suicidas dice de sí el poeta y canciller imperial Pier della Vigna– "ambo le chiavi del cor di Federigo", entiéndase de Federico II rey y emperador, del propio Joyce en suma. La dueña, en fin, de la librería Shakespeare and Company, rue de l'Odéon, frente por frente a la característica Maison des Amis des Livres. Del tan transitado camino del 11, rue Claude Bernard, de mi pensión, al 173 boulevard Saint Germain de la Carnegie, no iban más de dos pasos hasta el Odéon. Sí, allí frente a la mencionada Maison y su bajita, rechoncha y sonrosada dueña, en el número 12 de la calle y con el busto del dramaturgo pintado en una banderola de hierro, perpendicularmente plantada en la fachada, como en las "ins" que acababa de ver en mi vacación inglesa, se alzaba la Shakespeare and Co.; en el interior, para más semejanza, sobre la chimenea de pared toda una teoría de retratos dedicados y fotografías de artistas. Entre las repletas estanterías de libros etiquetados, era una biblioteca circulante para anglófonos y con su apéndice de librería cuya oficiante, la cuarentona y circunspecta Sylvia Beach, una yanqui menuda y toda en color castaño, de la melena corta –y pasando por las mejillas de porcelana y la falda a media pierna– hasta los pies del 42. Como una anticipación –meliflua voz ayudando– de lo que tantos años después iban a ser nuestras monjas posconciliares, pese al pitillo que se había quitado de los labios. Con modosa sonrisa de superioridad acogió mi petición, aventuró media frase cortés en castellano, mientras le mostraba en el número de nuestra revistilla vanguardista "Hèlix" el largo ensayo joyceano de Montanyà y la doble página con pasajes del "Ulysses" en primera traducción peninsular (¡el mohín de la miss hispanista al apercibirse de que –estaba en catalán– no entendía palabra!). Agradeció, ni qué decir tiene, en nombre del autor el homenaje. Pero el maestro no tenía, ¡ay!, horas libres, entregado por entero a conseguir el efecto perseguido con cada una de las frases en el gran fresco polifónico que era su "Work in Progress".

Allí estaba la cuarentona y circunspecta Sylvia Beach, como una anticipación de lo que iban a ser nuestras monjas posconciliares

Lenguas y jergas

Insensible a tales hipos monjiles, el estudiante volvería una y más veces por aquellos lares, como a la espera del milagroso clarinazo que derrumbara los muros de Jericó. Acompañando con obras la intención, saltándose alguna que otra comida pudo adquirir dos "plaquettes" de doradas tapas con otros tantos fragmentos de tal Obra en Marcha: el hermosísimo "Anna Livia Pluribelle" y su desfile del medio millar de ríos de todo el mundo en homenaje al modesto Liffey ligado al origen mitológico de Dublín, y "The Mookse and the Grapes". Como más adelante, descargando qué sé cuántas cenas donde mi madama Durand, pude hacerme con un ejemplar del todavía caliente y esclarecedor "Our Examination Round His Factification For Incamination Of Work in Progress": la docena de ensayos de famosos en torno a ese trabajar del irlandés. Y ya me veis de codos sobre tamaña profusión de sabias disquisiciones en torno al Aquinate y el Cusano, Dante, Giordano Bruno y, en particular, Giambattista Vico, inexcusables para entender, decían, las frases camaleónicas, las revueltas y las múltiples intenciones de semejante y nunca acabada obra en marcha. Más el prodigio de contaminación de lenguas y jergas, el continuo juego de palabras y divertidos cambios de acepción, las palabras-maleta o el mero y lúdico inventar según el ingenioso y nunca orillado modo desde los Rabelais y Merlin Cocai, o Góngora y Shakespeare, a Lewis Carroll, Lear, Stamm, Arp...

Sea porque tal esfuerzo mereciese premio, o porque su ángel custodio se decidiera a presentarle "Hèlix", y que a semejante catador de lenguas le picase el demonio de la curiosidad al verse puesto en tan desconocido y mediterráneo hablar, lo cierto es que en una de las tantas estaciones en el Odéon, sor Sylvia me anunciaba la fecha de la próxima Epifanía del Maestro. Y allá me tenéis, tal día de fiesta doble de primera clase y sin llegarme la camisa al cuerpo. Cuando a mis ojos atónitos se presenta un auténtico hidalgo a la antigua usanza, refinadísimo, casi transparente, huesudo y muy largo, un tanto cargado de hombros también y con su curioso y pálido rostro habsbúrgico de cuarto creciente, habsbúrgico también el bigote de leves guías (pero menos ancho que el de Alfonso XIII), en una testa alta como torre y de frente abombada, un enorme ojo azul –el derecho– esforzándose en nadar dentro de un cristal de a dedo.

En el ínterin, la mano sedosa de pianista mecía blandemente un bastón blanco mientras la boca fina, no sé si sonrisueña o algo burlona, emitía una voz dulce, tenoril y vibrante, bien escandidas las palabras, mesuradas, amables sin duda, aunque no sin sospechas de altivez.

Sólo una primera impresión, lo reconozco, pues en ulteriores y repetidos encuentros –ya no en tan santa capilla– no hubo ni sombra de aquel gesto distanciador. Que mostraría siempre una sencillez, un abandonarse, una magnimidad para con el osado aprendiz, como rara vez se da en gentes de tal carisma. Pero esta es ya otra historia, máxime cuando la intrépida sor ya no movía a su antojo –sin por ello correr la aciaga suerte del suicida siciliano, "parole e sangue"– las llaves del imperante, digo de James Joyce. ●

La Informació és això.

Kilian Sebrià

L'informatiu del Migdia. De 14 a 14,35.

BOLADERAS CANALDA

La ràdio nacional de Catalunya